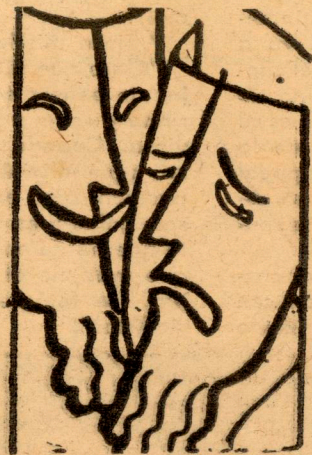


# "HISTRION" MISION CUMPLIDA

por Sebastián Salazar Bondy



El encuentro del nuevo teatro peruano —entendiendo por tal al que desde algo más de una década se viene, no sin penurias, consolidándose entre nosotros— con un público que, como el de Santiago de Chile, tiene en extensión e intensidad una mayor facultad crítica que el local, es una experiencia aleccionadora y, por ello, necesaria. "Histrión" ha pasado por esa prueba airoosamente, y cuando se lea este sumario informe de lo visto y considerado por el cronista el conjunto nacional estará en Viña del Mar repitiendo el programa de la capital suena en gracia al éxito obtenido en ésta.

Solemos desconfiar de nosotros mismos y ni siquiera los propios creadores —ya que las autoridades, precisamente en el caso de la gira aludida, se mostraron remisas a reconocer méritos que son objetivos— se hallan aquí libres de cierto complejo de inferioridad. En Santiago, sin embargo, la gente de teatro habló a los de "Histrión" del excelente recuerdo dejado por el Teatro Universitario de San Marcos y su puesta en escena de "Collacocha", y como es lógico operó en los artistas que encabezan los hermanos Velázquez la decisión de mantener o incrementar ese prestigio. Lo conmovedor y, al mismo tiempo, comprometedor, fue además la acogida de la prensa santiaguina, que dedicó columnas generosas de bienvenida a los "histriones" como representantes de un teatro renaciente, promisor y característico de un medio y una ideosincracia peculiar. El compromiso, la noche del 29 de julio en que se recorrió el telón del amplio Teatro Cariola —demasiado amplio, pero ese día con "tablero volteado", como dice la jerga—, era muy grave. La pieza del debut, "La chicha está fermentando" de Del Carpio, no era un instrumento fácil para esa primera ejecución ante un público observador, lúcido y, como generalmente se admite, no siempre caluroso. Se podría aquí hacer

una prolija crónica del desarrollo de aquella noche, pero es preciso abreviar. Baste decir que se oyeron muchos "bravos", que la crítica en los subsiguientes días confirmó con elogios. El cuadro humano que la obra presenta, la interpretación —especialmente la de Delfina Paredes, Carlos Velázquez y Mario Velázquez—, el vestuario (adquirido en la Feria de Huanacayo), el decorado, la música autóctona, etc., fueron destacados por los comentaristas.

Una semana después, durante la cual el público, día a día, repitió los "bravos" finales del estreno, se ofreció "El fabricante de deudas". No corresponde al cronista, como es obvio, señalar el resultado de esta nueva puesta, pero sí decir que, según lo escribieron los críticos, los actores de Histrión revelaron en esta oportunidad que eran capaces de jugar una comedia satírica con brillo, haciendo a la sala reír, aplaudir mutis y hasta celebrar —como no sucedió en el Perú— un gesto de Mario Velázquez, a quien alguien llamó "uno de los mejores cómicos del teatro latinoamericano". El 11 subió a escena "Santiago el pajarero" de Julio Ramón Ribeyro, estreno que quien firma esta nota ya no pudo, en razón de su viaje de vuelta, ver. Los recortes y el testimonio de quienes ahí estuvieron nos dirán pronto qué acogida obtuvo la fina fantasía teatral del novelista.

Tanto en los artículos cuanto en el comentario oral, los actores, los espectadores, los hombres de teatro de Chile señalaron que nuestros intérpretes poseían una virtud valiosísima en la escena y poco frecuente en el maduro teatro del país vecino: la espontaneidad, la naturalidad expresiva de los recursos físicos —voz y cuerpo—, la pronta pasión. Estos rasgos compensaban largamente, en su opinión, la formación académica no siempre completa, pues ellos crean sus propias normas dentro de la pura libertad de creación. El eco del trabajo artístico en un medio que no sacri-

fica su fallo a la hospitalidad influyó en los artistas de "Histrión" positivamente. Luego de los estrenos, la relajación interpretativa daba más fuerza a su labor, la asentaba notablemente, al punto de que si el debut en cada caso fue bueno las representaciones posteriores resultaron excelentes. Si a esto se une ese aspecto altamente positivo de la compañía que por su disciplina y su voluntad de hacerse recordar, el balance de esta primera salida de "Histrión" al exterior con un repertorio peruano —cosa que también mereció aplausos— rinde un superávit moral y estético que refuta con hechos lo que algunos, por desconocimiento o recalcitrante prejuicio, consideraron prematuro, afirmando que el arte escénico de nuestra patria no era todavía "exportable".

No se puede dejar de anotar en este breve informe periodístico que si nuestro arte dramático ya merece estas dos calificaciones —arte dramático y nuestro— ello se debe, en primer lugar, a las agrupaciones teatrales —"Histrión" y las otras— que han persistido, contra todas las dificultades y durante diez y más años, en su empeñamiento vocacional. El teatro peruano es obra de los hombres de teatro del Perú. Los aplausos chilenos a "Histrión" no fueron a una organización oficial, a un empeño de la comunidad, al desprendimiento de mecenas interesados en estimular un arte que es completo y siempre revela un grado de cultura seleccionada. Fueron, primero que nada, a la fe: a esa fe que transporta montañas y que en el futuro deberá ser atendida por el gobierno en la medida en que representa una energía que pugna por manifestarse. Al fin y al cabo, las tres obras presentadas en Santiago, sus intérpretes, directores, escenógrafos, etc., constituyen la presencia del Perú más auténticamente que muchas misiones embanderadas. A lo menos, eso es lo que ha sucedido con "Histrión" en Chile en estos últimos días.